

# Artículos y entrevistas

## Del prelado

“La Misericordia de Dios valora la libertad humana”, con motivo de la fiesta de san Josemaría, en *Acistampa*, Italia (26-VI-2016)

La misericordia de Dios valora la libertad humana. Dios nos deja actuar, cuenta con nuestra aportación. Se apoya en la profesionalidad de cada uno: pescadores, profesores, albañiles, artesanos, funcionarios, etc. Cada uno de nosotros puede encontrar en esto una enseñanza bien asimilada por san Josemaría, que comentaba así la invitación que el Señor hizo a Pedro: «¡Mar adentro! Rechaza el pesimismo que te hace cobarde».

Al entregar la propia vida para dar a conocer a Jesús —en esto consiste ser pescadores de hombres— encontramos nuestra verdadera dignidad. Como enseña el Concilio Vaticano II, el hombre «no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás».

El Señor condujo a Pedro a una verdad más elevada: desde la

eficacia material a la fecundidad del apostolado.

«Aléjate de mí —había exclamado Pedro mientras estaba en la barca— porque soy un pecador». Como Pedro, también nosotros nos reconocemos pecadores. Por otra parte, al igual que Jesús, nos encontramos en la vida con personas que, inexplicablemente, son alejadas, marginadas, rechazadas, o personas que en el sufrimiento se encierran en su propia miseria y soledad.

San Josemaría comprendió desde joven esta realidad y, como una necesidad de su corazón de pastor, visitó enfermos y abandonados en hospitales o en sus propias casas, muy a menudo en las periferias de Madrid.

En una carta con motivo de la beatificación de mi predecesor, el Papa Francisco recuerda que el beato Álvaro tenía la misma predisposición: «Iba a los barrios para ayudar en la formación humana y cristiana de tantas personas necesitadas».

Nosotros, como hizo Cristo con Pedro, podemos despertar asombro en las personas, haciéndoles experimentar el entendimiento, el entusiasmo o la ayuda espiritual y material.

Y al igual que Pedro podemos apoyarnos en nuestro trabajo para otorgar la misericordia de Dios: el maestro, enseñando al que no sabe; el médico, curando a los pacientes con delicadeza; el juez,

trabajando con una dedicación seria; el cocinero, preparando la comida para los hambrientos...

E incluso en el *trabajo* grandioso que es ser padres: vosotros, padres y madres, sois testigos de la misericordia en todo momento de la jornada, desde la mañana hasta la noche, sin descanso, sirviéndoos entre vosotros y criando a vuestros hijos en la alegría del amor. El Papa Francisco dice que «las obras de misericordia son infinitas, cada una con su propio sello, con la historia de cada rostro».

Finalmente, podemos decir con san Josemaría que «la existencia del cristiano» se desarrolla en el «clima de la misericordia de Dios [...]». Ese es el ámbito de su esfuerzo, por comportarse como hijo del Padre».

## Meditaciones mensuales sobre las obras de misericordia

*Enero: Visitar y cuidar a los enfermos*

La primera obra de misericordia corporal que nos propone la Iglesia, se centra en visitar y cuidar a los enfermos: una tarea que Jesucristo realizó con continuada frecuencia durante su paso por la tierra. Entre otras muchas escenas del Evangelio, le vemos sanar a la suegra de Pedro (cfr. *Mt* 8, 14-15); devolver la salud a la hija de Jairo (cfr. *Mt* 5, 21-43); atender al paralítico de la piscina de

Betsaida (cfr. *Jn* 5, 1-16) o pararse ante los ciegos que le esperaban a la entrada de Jerusalén. El dolor de esas personas nos muestra que Dios va a su encuentro y les anuncia la salvación que ha venido a traer a todos los hombres.

En los enfermos, el Señor contemplaba a la humanidad más necesitada de salvación. Sucede que, mientras gozamos de salud, puede surgir la tentación de olvidarnos del mismo Dios, pero cuando se presenta el dolor o el sufrimiento en nuestra vida, quizá viene a nuestra mente el grito del ciego al salir de Jericó: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!» (*Mt* 10, 47). En la debilidad, nos sentimos criaturas especialmente menesterosas.

Detengamos también nuestra marcha ante las fatigas de los demás, como vemos proceder a Cristo. El Espíritu Santo, Amor infinito, consolará a otras personas a través de nuestra compañía, de nuestra conversación y de nuestro silencio respetuoso y constructivo cuando el paciente lo necesita. Todos nos ocupamos de numerosas actividades cada día, y las tareas se multiplican sin cesar; pero no debemos permitir que una agenda apretada conduzca nuestra vida al olvido de los enfermos.

Son muchos los ejemplos de santos y de santas que imitaron a Jesús también en esta obra de misericordia. Por ejemplo, san Josemaría solía explicar que el Opus Dei había nacido —como una necesidad— en los hospitales, entre los enfermos. Desde que se trasladó a Madrid en